

SALÍ DE STERNS A LAS CUATRO de la mañana para tomar la seca estela hacia el norte, bajo un cielo amontonado de estrellas distantes y pesadas. El camino era un lecho de arena, grava y lisos nódulos, no muy grandes, de gneis y granito; las arenosas orillas de la quebrada eran sendas sombras que, al adentrarse en la oscuridad, cortaban las estrellas. Durante la primera media hora me concentré en el paso, y unas cuantas veces tropecé con unas rocas como sandías que se abrían camino hacia el pueblo. El peso de la carga siempre me entorpece el paso durante la primera hora de marcha, pero voy haciendo pequeños ajustes en las correas y el cinturón sin detenerme, coloco bien los hombros bajo la carga hasta afianzarla en ellos, y asumo el equilibrio de la nueva geometría sin pensar demasiado. A medida que el cielo clareaba lentamente, los contornos de los mezquites y ocotes mezclados con la yuca se distinguían mejor. La forma pura y abierta de la Luna colmaba un cuarto del horizonte que se extendía ante mis ojos.

Así pasaron tres días, en los que caminé desde las cuatro hasta la hora del almuerzo y, a veces, también a última hora de la tarde; luego cenar, dormir y despertar otra vez, hasta

que la Luna abarcó la mitad del cielo y el camino se hizo más escarpado. Como muy poco y, salvo un sorbito de *brandy* a la hora del crepúsculo, solo bebo agua o té. A medida que me acerco a la Luna, la necesidad de cobijo es menor, y puedo acampar en las llanuras. El agua no es ningún problema a partir del cuarto día, pues va calando en suaves lágrimas por las vertientes de la Luna y mana en pequeñas fuentes. Más arriba, el viento puede convertirse en enemigo.

No es raro ver cañones que abren el corazón de la montaña al caminante para luego, una vez que este va adentrándose en ella, oponerle resistencia. Se hacen más angostos, arrojan pedruscos y levantan cascadas secas en cuya umbría, a veces, crece el musgo húmedo, y acaban perdiéndose entre los matorrales. Mi cañón no era distinto y hacía todas esas cosas. Después de recorrerlo durante medio día, decidí abandonarlo para subir por la cresta del este, que ofrece poca agua pero permite avanzar, y clarifica el espíritu gracias a las vistas.

La cresta se alza, abrupta, hasta el final del día, y solo al llegar el ocaso se suaviza, buscando la llanura. Acampé un par de kilómetros más allá, donde un saliente de quince metros de altura planteaba un interrogante en la oscuridad paulatina y un pequeño soto poblado de pinos ofrecía su música al aire.

Me llamo Gasper, William Gasper, y no me dedico sino a vivir. Mi familia es corriente y mi origen, común. Prefiero caminar solo antes que consagrarme a cualquier otra actividad. Sin duda, semejante vocación revela una personalidad marcada por la inadaptación. Sin embargo, como no tengo gran cosa que ofrecer a la sociedad a modo de contribución, salvo una mente glacial, solo alcanzo a imaginarme como un fútil obrero, un pequeño burócrata, un sirviente, tal y como fui en el ejército. Nunca me he esforzado en buscar modos de estar a gusto con la gente, o intentar que la gente se sienta a

gusto conmigo. He caminado por muchos lugares a lo largo de los años, feliz con mi elección. Durante los últimos cinco, he caminado por la Luna una y otra vez, y no he sentido la urgencia, como me ocurría en el pasado, de buscar nuevas tierras que pisar. La Luna me basta.

Una vez pasé dos años en la región que rodea los montes Silverthrone y Fang Peak, y disfruté en las extensiones del glaciar Klinaklini, pero los inviernos allí son muy duros, y la maleza un desafío constante, por eso vine al sur, a la Luna, donde el camino, de algún modo, es más despejado.

La noche pasó, como siempre me ocurre, entre sueños donde solo aparece el lugar en que me hallo. Es como si poseyera un ojo incorpóreo que funciona solo cuando estoy dormido: estudia la tierra, el entorno, con la intensidad del sueño, para proporcionar a la mente, ya despierta, un conocimiento del terreno que nunca creí posible. Mis noches casi siempre son así, y conforme el ojo trabaja, voy encontrando el camino con segura anticipación.

Esta útil complacencia que me brinda la noche me ha mantenido a salvo, aunque los únicos peligros que se ciernen sobre un caminante como yo son la falsa seguridad, la geología, el tiempo y los ocasionales objetos que surgen atropelladamente del pasado, tan repentinos y naturales como los meteoros que penetran las noches. Más de una vez he despertado ante la primera señal visible de una borrasca, gracias a la anticipación del ojo, para ahorrarme un frío o una lluvia intempestivos. En una ocasión, el presagio me salvó de un desprendimiento de rocas. Esa es la bella explicación que doy al misterio, aunque otras almas más sabias objetarán, con toda la razón, que no existe semejante ojo, sino una especie de alerta mental a todas las señales acaecidas en la víspera que, aunque manifiestas, pasaron desapercibidas. Como ocurre con la mayoría de explicaciones, son solo cháchara en la quietud de las palabras como trinos.

Al día siguiente, el amanecer fue más frío, y a media tarde, después del té, exploré el saliente hasta encontrar una ruta de ascenso bastante fácil. Solo subo pendientes escarpadas cuando no hay otro camino, aunque trepar por los peñascos al atardecer después de todo un día de caminata es como una música juguetona y relajante. En el costado de la cresta, la pendiente decrecía como el chebrón de un escudo heráldico, que podría haber bordeado en apenas tres kilómetros, pero a costa de perder altura, y eso no me gusta. Más allá, la cresta se volvía más escarpada, sin elevarse demasiado. Aquí, los árboles crecían en la ladera norte y en las profundidades de los cañones, donde los excesos de sol no absorbían el agua. En la cara norte de la Luna había kilómetros de pinos ponderosa, álamos temblones en lo alto y enebro en la falda. En la cara sur, matorral bajo y piedra, sobre todo piedra. Prefiero andar por la piedra buena que por la hierba, aunque en el norte, la tundra, si es apropiada, se asemeja al lomo de un gatito.

La Luna es la montaña de ninguna parte, ignorada por quienes la tienen cerca, así como por aquellos que, en uno u otro momento, pueden quedar fascinados por la dificultad y el aislamiento que encierra. No es una montaña para escaladores ni cazadores. Dos de sus cañones contienen buenas paredes, hay media docena de riscos que vale la pena recorrer, como una especie de juego. Pero sus encantos, como los de ciertas mujeres, no resultan evidentes a primera vista, y solo se revelan ante el ocasional marginado que acude por mero azar.

Ya conocéis las montañas de Nevada, o quizá las de Steens. La Luna, al igual que ellas, se cubre de un completo anonimato. Es una vaga mancha azul desde la carretera más cercana, y hay que ser astuto como un gato para encontrar un camino con el coche que se adentre un poco más en sus dominios. A caballo o a pie, está demasiado lejos para lo que parece ofrecer en principio. Es una montaña perfecta

para nuestra época: atrapada, en parte, en una dimensión desconocida; tan ininteligible como la mayoría de las buenas novelas y aburrida para quienes hojean los mapas topográficos con un ojo puesto en la emoción que les espera. Una montaña perfecta para William Gasper.

Me llamo William Gasper. Y si os extraña que vuelva a presentarme tan seguido, recordad que soy tan simple como los platos que cocino, no tengo a nadie con quien hablar y me he acostumbrado a combinar con cualquier fondo. Soy algo así como el nivel del mar: una constante en plena agitación cuyo examen nunca otorga evidencia alguna. Me muevo hasta cuando duermo, aunque el nombre que llevo me acota.¹ Llegué a Sterns hace cinco años y logré convencer a Mary-Gail Henry, la dueña del bar del pueblo, para que me alquilara el cajón de madera que, a modo de almacén, tiene instalado a un centenar de metros detrás del local. No sé nada acerca de su contenido previo, probablemente estaba lleno de herramientas y equipamientos mineros, pero ahora contiene efectos personales míos, todo cuanto no llevo a la espalda: montones de revistas que un día arrojaré al fuego y otros cachivaches que incluso los más escrupulosos acaban adquiriendo sin darse cuenta. No duermo dentro del cajón, pues huyo del pintoresco romanticismo que me embargó en el pasado, sino justo al pie. Cuando el tiempo empeora mucho, me hago con una tienda, pero, en general, no me hace falta. Me lavo con un barreño y cada mañana salgo en estampida hacia el desierto para dar rienda suelta a mis movimientos intestinales. Con medio kilómetro basta. Luego doy un corto paseo para orinar. Todo ello ocurre, claro está, cuando resido en el campamento base, pero, como ya he dicho, mi vocación consiste en hacer camino, por lo que en Sterns no me ven el pelo más que una docena de días al año.

1 En inglés, *gasper* significa «objeto de asombro».